

Lydia Luarca Saballos

**COINCIDENCIAS Y DIFERENCIAS ENTRE DOS CUENTOS
REALISTAS CENTROAMERICANOS**

LETRAS 15-16-17 (1987)

En esta ponencia se hará una comparación de los cuentos **Un santo milagroso**, del escritor costarricense Ricardo Fernández Guardia y **La respuesta**, del autor salvadoreño Salarrué.

Se han tomado dichas narraciones, porque aunque tienen diferencias a nuestro juicio presentan similitudes, que hacen posible su comparación: en ambas los personajes son del pueblo; el escenario es el campo; hay realismo; el tono y la intención son iguales; el tema se relaciona; las dos tienen valor estético.

El distinguido historiador y escritor Ricardo Fernández Guardia, desde su infancia se desarrolló en medios intelectuales y en un ambiente de inquietudes culturales: hijo del también historiador don León Fernández, estudió en Europa, fue diplomático, director de los Archivos Nacionales y de la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica y miembro de las Academias de Historia y de la Lengua, ambas de España. A pesar de eso, en muchos de sus cuentos, entre ellos el que nos ocupa, hay asuntos, personajes y ambientes del pueblo costarricense y no de los medios cultos.

Salvador Salazar Arrué, Salarrué, cuentista, novelista, ensayista, poeta y pintor, también se movió en círculos cultos: estudió pintura en Washington, sirvió cargos diplomáticos, efectuó exposiciones de óleos y acuarelas en Estados Unidos y El Salvador. Sin embargo, sus narraciones se refieren generalmente al campo y a sus habitantes, como **La respuesta**.

Personajes

En **Un santo milagroso** aparecen bastantes y de distinta condición, desde el milagroso San Jerónimo hasta los contrabandistas. Entre ellos, que podrían considerarse extremos, están el gobernador, el comandante de plaza de Alajuela y el doctor Pradera, los de más alta posición social; los guardas de hacienda y los campesinos honrados que aparecen en la vela donde ñor Carvajal.

A San Jerónimo lo consideramos un personaje pasivo, pues aunque es una imagen, y por lo tanto no actúa, es objeto de culto y de una persecución; recibe un machetazo en la cabeza; le sirve a José Arias como arma, después de lo cual queda tirado en el suelo como cualquier mortal y termina encarcelado.

El narrador lo presenta en forma animada: dice que hacía travesuras, después de las cuales desaparecía siempre sin que las autoridades pudieran hallarlo, y cuenta que cuando está preso gime.

A pesar de que no participa activamente en los hechos, es importante en el desarrollo de éstos, pues todos giran a su alrededor; su presencia es causa de riñas, heridas y hasta muertes; en su honor se dan muchas fiestas como la de los esposos Carvajal; es objeto de un culto fanático y había alcanzado gran fama, a pesar de ser una escultura tosca y muy poco artística, pues "más parecía uno de esos frailes barrigudos e incontinentes que han popularizado las cromolitografías catalanas", según lo describe el narrador. Efectuaba constantes peregrinaciones y no podía faltar en ninguna fiesta, de cualquier clase que fuera. La fiesta en su honor donde los Carvajal, en la cual no es causa de disturbios es, sin embargo, su perdición, pues el cabo Villalta descubre, disimulado en pie de la imagen, el mecanismo que hacía brotar de su cuerpo aguardiente clandestino. ¡Con razón era un santo gordo y "barrigudo"! Y como si no fueran pocas desgracias para un santo tan venerado, le esperaba la cárcel, adonde lo lleva directamente el cabo Villalta, haciéndole honor a lo prometido al gobernador de Alajuela

La Licenciada Elizabeth Portuguez de Bolaños afirma que Fernández Guardia "no ahonda en sus personajes, sino que nos describe lo pintoresco de sus costumbres"¹, lo cual es cierto en otros cuentos. Pero a nuestro juicio en esta narración hay personajes en cuya naturaleza sí ha penetrado; ellos son los tres hermanos Arias, y sobre todo José; el cabo Villalta y el guarda Juan Rodríguez, de quienes hay una caracterización muy completa, hecha tanto por medio de lo que dice el narrador, como por sus actuaciones.

Del cabo Villalta dice que era viejo y matrero, y por su manera de actuar se conocen su astucia, su habilidad, su benevolencia y cariño hacia Juan Rodríguez; su ironía, su tesón para cumplir la promesa hecha al gobernador.

Cuando introduce a Juan Rodríguez, el narrador lo presenta como una "especie de hércules bonachón y muy candoroso"; siente admiración por su jefe al conocer la astucia de éste. Luego, él mismo dice que no le tiene miedo a nadie y lo demuestra al tratar de apresar a José Arias, sabiendo cómo es.

1. Portuguez de, Bolaños, Elizabeth, *El cuento en Costa Rica*, San José, Costa Rica, Librería e Imprenta Atenea, 1964, p. 95.

Los hermanos Arias, José, Ramón y Antonio, ejercen una profesión común en muchos países y practicada también por gente de la ciudad y de todas las clases sociales; son contrabandistas. Fabrican licor clandestino en una saca de su propiedad y contrabandean cognac, revólveres y municiones que, con gran habilidad, pasan “por las mismísimas barbas del resguardo”, según dice el narrador, y por ello son los contrabandistas más temidos de todo el país. Además han cometido fechorías inauditas y actúan con un valor temerario en sus muchos encuentros con los guardas y en innumerables pendencias suscitadas por ellos.

José está descrito como un mozo alto, robusto, con la cara desfigurada por la honda cicatriz de un machetazo; de mirada insolente e inquietante, dueño de una naturaleza fiera y semisalvaje. Es él quien se presenta intempestivamente en la vela donde ñor Carvajal, pero con intenciones pacíficas: bailar con la muchacha más guapa y luego irse sin llevársela como hacía en esas ocasiones. Por eso no entra a la casa a caballo, como es su costumbre, sino a pie, sin espuelas y desarmado. Sin embargo para violentamente el baile y obliga a María Carvajal a bailar con él. Luego demuestra su valor al enfrentarse solo a los hombres armados, y defenderse esgrimiendo a San Jerónimo. Hay también cierta ingenuidad en él, pues no comprende por qué los demás han interpretado sus acciones como agresivas.

En **La respuesta**, por el contrario, los personajes son poquísimos: el santo; un personaje colectivo, la rogación y dos indios que al final comentan la respuesta del santo a sus ruegos. San Isidro, a quien los campesinos le piden lluvia y llevan en rogación por el campo, tiene un aspecto muy distinto al de San Jerónimo: es “un enanito de palo, de a vara, con flores de trapo en la mano, un clavo en la coronilla y la nariz manchada de *kakemosca*”.

En esta narración el santo también aparece animado, pues el narrador cuenta que durante la rogación “iba mirando con sus ojos dulces, resignados, cuán chico parecía al lado de sus devotos”. No efectúa tantas acciones como San Jerónimo; lo único que hace es dar respuesta a las súplicas de los rogantes, aunque en forma desmedida, pues a pesar de su pequeñez ocasionó un verdadero desastre. Pero, al igual que San Jerónimo, tiene importancia por ser el centro de los sucesos: lo llevan a la cabeza de la procesión, le cantan pidiéndole lluvia, él les contesta con la tormenta que inundó el llano.

La rogación es el personaje colectivo, formado por los rogantes, quienes son indios campesinos. Ellos salen en procesión, a la que llaman rogación, con San Isidro, patrono de los agricultores, para pedirle la lluvia que hace mucho no cae, y la cual les es tan necesaria para sus cultivos y cosechas. El narrador da una idea completa de la rogación: la hora en que salió, su aspecto, la ruta seguida, la actitud de los rogantes, los cantos que entonaban.

Anderson Imbert dice que en **Cuentos de barro**, libro al cual pertenece **La respuesta**, “hay indios, labradores sufridos, tristes, supersticiosos, explotados”². Los dos indios viejos que al final del cuento comentan la respuesta de San Isidro, y todos los participantes en la rogación, pertenecen a esos parias de nuestros países, a los indios explotados inicuaamente en la tierra salvadoreña, y a quienes Salarrué toma como personajes para la mayoría de sus cuentos, porque conoce sus sufrimientos, la miseria en que viven, sus creencias, su lenguaje, su idiosincracia, su parquedad al hablar. Y esa parquedad se aprecia en la conversación de los indios al final del cuento:

“—*Señor Goyo: siel santo llega a ser del alto de diusté, nostaríamos contando el cuento.*

—*Pa que vaya; ¡demasiado milagrero el hijuepuerca! . . .*”

Esa conversación, el haber participado en la rogación, y el hecho de que “miraban con resignación las barbaries del cielo”, como dice el narrador, caracterizan muy bien a estos personajes.

Ambiente

Un santo milagroso sólo al principio y al final tiene escenas en Alajuela. Todos los demás acontecimientos ocurren en el campo: primero en los caminos aledaños a la mencionada ciudad, y luego en la casa campesina de ñor Juan Carvajal, donde se celebra la vela en honor de San Jerónimo. En este lugar reina un ambiente de alegría, pues es la típica celebración religiosa de nuestros campesinos ricos o de posición económica desahogada, preparada con esplendor. Hay música, baile, las típicas golosinas campesinas de la época; las muchachas guapas, y sobre todo María, recreaban la vista de los galanes, quienes deseaban acercarse a ellas; y los constantes actos de adoración al santo les producían regocijo a quienes los efectuaba, en su mayoría hombres.

Ese ambiente alegre se vuelve tenso a causa de la llegada de José Arias y de los sucesos ocurridos luego. Pero el cabo Villalta y sus hombres se alegran al hallar el santo y despejarse el enigma que lo rodeaba. Lo mismo le ocurre en Alajuela al gobernador, quien además de una buena cena ha ganado tranquilidad con el encarcelamiento de San Jerónimo.

La respuesta se desarrolla todo en un ambiente campesino. Pero contrariamente al del otro cuento que nos ocupa, es de desolación y tristeza de principio a fin. Tiene por escenario un campo salvadoreño castigado por la sequía, la cual

2. Anderson Imbert, E., *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1967, Vol. II, p. 239.

produce un calor excesivo, permanente; no hace viento, nada se mueve, ni siquiera el polvo. Los árboles desnudos de follaje, las piedras que “sacan sus cabezas del suelo para respirar”, la culebra durmiendo enroscada, dan una idea exacta de la desolación y monotonía del paisaje, subrayadas por el golpe rítmico del tambor que acompaña a la rogación, y constantemente repetido: “Tom, tom, tototom, tom, tom. . . Tom, tom, tom; tototom, tom, tom”.

En contraste con ese campo desolado, calcinado por el sol que alumbraba sin piedad, allá, en lontananza, las montañas azules y frescas aumentan la desolación del campo cercano. Tan agobiante es ese paisaje, que los rieles de la vía férrea huyen hacia aquellas montañas frescas; ni siquiera ellos quieren quedarse allí.

Ese ambiente de desolación continúa después que la furia de la tormenta ha destruido casas y árboles y lo ha arrasado todo. A eso se refieren los dos viejos indios que, “desgreñados y transidos estaban sobre un árbol caído y miraban con resignación las barbaries del cielo” o sea, la respuesta de San Isidro.

Tema, intención, tono

A nuestro juicio, el tema de **Un santo milagroso** es la astucia del hombre del pueblo costarricense, lo cual se aprecia en varios pasajes del cuento.

El cabo Villalta ejecuta una maniobra astuta para engañar a quienes vieran su destacamento; también se muestra astuto cuando habla con el viajero que les da alcance en el camino, lo cual le permite caer de sorpresa donde ñor Carvajal. Y su astucia lo hace efectuar una atenta observación del santo que le permite descubrir su secreto, pues ya suponía que algo fuera de lo corriente había en la imagen.

Ñor Carvajal también tiene astucia, según comenta Villalta.

Los hermanos Arias, asimismo campesinos, son contrabandistas astutos, pues logran siempre escapar del Resguardo y pasar el contrabando sin ningún problema.

El hecho de que la imagen de San Jerónimo fuera un depósito de licor clandestino, pues así los campesinos podían tomar todo el aguardiente clandestino que quisieran, sin peligro de que las autoridades lo supieran y les impusieran una multa, pues es difícil imaginar que se tome la imagen de un santo para guardar licor.

El que sus devotos hicieran desaparecer al santo siempre, a pesar de que sus viajes y fiestas no eran secretos.

La intención y el tono están muy relacionados entre sí, pues según la intención que tenga el autor al escribir, así será el tono empleado. En **Un santo milagroso** se aprecia una intención satírica contra el fanatismo religioso del campesino costarricense, incompatible con las ideas de un hombre de amplia cultura como Fernández Guardia. El narrador alude a este aspecto al mencionar “las manifestaciones de fanatismo grosero que provocaba la imagen (. . .)”.

El tono irónico se aprecia a través de todo el discurso narrativo y se comprende al saberse que por dentro San Jerónimo tenía aguardiente.

Ese tono se halla también en la irreverencia con que el narrador y algunos personajes tratan al santo: al describirlo; al utilizarlo José Arias como arma defensiva y ofensiva; cuando Villegas descubre el mecanismo y el narrador dice que “¡San Jerónimo sangraba guaro!”, y posteriormente al decir el cabo ¡Muchachos, adoremos el santo”, pues no van a adorarlo, sino a tomar licor. Y al final del cuento el colmo de la irreverencia al encarcelar al santo.

En **La respuesta** el tema es, a nuestro juicio, el sentimiento religioso de los indios, pues ellos, en vista de que no llovía, le piden a San Isidro la lluvia bienhechora.

Se aprecia la intención del autor de satirizar el fanatismo religioso de los indios, el emplear un tono irónico bastante irreverente también.

Se halla en la descripción del santo, el cual incluso tenía la nariz manchada de kakemosca, como dice el narrador. Pero sobre todo en la manera de expresarse los dos viejos indios al final, cuando comentan la respuesta del santo, y el segundo de ellos lo llama hijuepuerca, a pesar de que su sentimiento religioso y devoción probablemente eran profundos.

Recursos literarios

En **Un santo milagroso** hallamos bastantes y variados tropos.

Metáforas: En algunas aparece el lenguaje popular, muy de acuerdo con el ambiente y con la mayoría de los personajes, por ejemplo “El santo se hacía humo después de cada una de sus travesuras”; otras son verdaderamente poéticas como ésta “(. . .) subían los cohetes (. . .) trazando en el cielo largos surcos de oro candente”.

Símiles, algunos con lenguaje popular (los Arias) “son más malos que el Pisuicas”; en otros prevalece el lenguaje culto “(. . .) Pedro Villalta (. . .) más contento que si hubiera descubierto las Américas (. . .)”.

Las personificaciones se refieren todas al santo “. . . gimiendo San Jerónimo en dura prisión”.

Las hipérboles están muy bien empleadas para dejar clara la idea que desea expresar el narrador “. . . los contusos (eran) legión”.

En **La respuesta** los tropos se hallan en mayor cantidad y son más poéticos, pues como ya se dijo, Salarrué es también poeta. Están en todo el cuento y le sirven al narrador para describir y narrar: el campo, la rogación, lo sucedido desde que ésta salió, la tormenta y sus consecuencias. El Salarrué pintor se une al Salarrué narrador y poeta, y pinta con la palabra cuando describe y narra. Al respecto Alfredo Cardona Peña en una carta le dice: “. . . hace pinturas como escritos. Porque usted es un acuarelista sin llegar al cromo, que es el defecto de los que abusan del color. Sus cuentos están producidos con criterio objetivo de pintor, están meditados de acuerdo a las leyes de la perspectiva y del volumen, y de ahí la comunicación directa y el hecho de que los lectores “vean” lo que usted está diciendo, o pintando. El paisaje, es en su pluma tan valioso como un personaje, y lo describe trazando añiles y ocre con las palabras”³.

A continuación se transcribirá el párrafo del cuento referente a la tormenta, en el cual hay toda clase de tropos y puede apreciarse esa pintura con la palabra, de la cual habla Cardona Peña. “Allá por las cuatro y media el día *traquió* y se paró en seco. Como si le hubieran aplicado un fósforo, el cielo *tilinte* se quemó. La llama se corrió hasta el suelo y allí brotó la *jumazón*. Fue una nube prieta y veloz, que invadió el mundo como una noche extraviada. Venía huyendo, llena de terror, bramando y *trompezándose* en los cerros. Pasó, con un remolino de viento que enloquecía las *palazones*, amarradas sin remedio a la tierra, sin esperanza de huída. Los techos de las casas, asustados, abrieron sus alas y se volaron. El polvo, sediento, subió a beber agua por el camino de caracol. Con paletas invisibles, batían la sopa de hojas en la olla del mundo. La tormenta, borracha, primero lloró; después babeó y, por último, vomitó su negrura. Eran torrentes incontenibles que brotaban de todas partes, arrasándolo todo. Las ramas se quebraban y huían de sus madres, y las madres se retorcían gimiendo y alargando los brazos impotentes”.

Valor literario

El cuento realista y costumbrista hizo su aparición en Costa Rica tardíamente, al igual que toda nuestra literatura, y perduró también después de desapa-

3. Cardona Peña, Alfredo, “Carta pública a Salarrué”, en *Revista Cultura*, I Enero-Febrero, 1955, págs. 34-39.

recer en otros países; por eso surgió con gran fuerza a fines del siglo pasado, cuando Fernández Guardia iniciaba su labor literaria.

A nuestro juicio, **Un santo milagroso** tiene realismo solo en cuanto a lugares y costumbres; los sitios mencionados son reales y aparecen varias costumbres de la época: las tertulias, las visitas frecuentes de los santos a lugares y casas campesinos, acompañados de numerosos fieles que tocaban música y quemaban pólvora; las fiestas rumbosas que se efectuaban en honor de algunos santos.

A nuestro parecer hay poco realismo en el vocabulario usado, pues el lenguaje popular apenas aparece, a pesar de que la gran mayoría de los personajes son del pueblo. Ellos se expresan en forma cuidada, lo cual da la impresión de un hablar forzado o de que son personajes cultos. Es cierto que aparecen algunas expresiones populares como pisuicas, conozco sus cábulas; pero también un guarda usa la forma verbal encuentres, en vez de encontrés, la propia del tico de cualquier condición, y otras más. Este hecho disminuye bastante el valor estético del cuento.

Los tropos, la gracia del relato, la ironía del tono y lo satírico de la intención, le dan belleza y hacen amena su lectura.

Salarrué pertenece al grupo de escritores salvadoreños que la crítica llama generación de 1920, la cual creó en su país el cuento moderno; pero este autor es, además, realista, aspecto presente en **La respuesta**.

El realismo se aprecia en la costumbre de los indios de salir en rogación llevando a un santo para que les remedie alguna calamidad; en el recorrido de la rogación; en el paisaje, en el vocabulario usado por los indios y su parquedad al hablar.

El uso de lenguaje popular y de regionalismos en gran cantidad le da más realismo al cuento y una gran autenticidad al ambiente.

Los tropos, la forma poética de describir y narrar, la gracia de la narración, lo irónico del tono y la intención satírica, ayudan a hacer de éste, un cuento de gran belleza.

En cuanto a la persona, en ambos cuentos aparece solamente el narrador extradiegético-heterodiegético.

Respecto al tiempo de la narración en los dos relatos aparece sólo la clásica narración ulterior a la historia, prácticamente la única empleada cuando fueron escritos.

En lo referente al nivel narrativo, en ellos aparece solamente la instancia narrativa primera, cuyo narrador es extradiegético, abstracto, dueño de un mayor conocimiento que el de sus personajes, de acuerdo al criterio de Tacca⁴.

La estructura en ambos es la tradicional de introducción, desarrollo y desenlace.

En conclusión, hay más acción en **Un santo milagroso**, pero la poca que tiene el otro cuento no le quita belleza.

Los tropos son más abundantes y más poéticos en **La respuesta**, pues Salarrué no es avaro para verter poesía en sus cuentos. En ambos cuentos están muy bien hechos, muy bien adaptados a la situación en que están, son comprensibles y ayudan a darle belleza al discurso narrativo.

En los dos relatos aparece un tono irónico, a veces satírico.

Hay más descripción en **La respuesta** pero en realidad en **Un santo milagroso** no hace falta la descripción del paisaje.

La actitud irreverente se halla en ambas narraciones, no sólo en el narrador, sino en personajes populares, lo cual parecería contradictorio con su sentimiento religioso; esto puede obedecer a dos motivos: una tendencia a burlarse de la fe religiosa, o insinuar que esta es aparente y no profunda ni sincera.

La persona, al tiempo de la narración, el nivel narrativo y la estructura no presentan ninguna complicación para el lector.

4. Tacca, Oscar, **Las voces de la novela**, Madrid, Editorial Gredos, S. A., 1973, p. 72.